



Cela, un Nobel con buen apetito

La filosofía de Camilo José Cela ante los honestos goces del paladar está presente en sus libros, en los que el propio autor, bajo capa de vagabundo, es protagonista.

Será difícil que en la nómina de escritores galardonados con el Premio Nobel de Literatura haya alguno que preste tanta atención en su obra al necesario mantenimiento corporal como Camilo José Cela, partidario de privarse de las menos cosas posibles.

La filosofía y actitud de Cela ante los honestos gozos del paladar y el esotismo están presentes de una manera especial —la cantidad bien entendida empieza por uno mismo— en los libros en los que el propio autor, bajo capa de vagabundo, es protagonista: sus relatos de viajes.

En ellos le vemos comer y beber siempre que la ocasión es propicia. Y es de agradecer que haya tenido la generosidad de escribirlo después, que en demasía larga la relación de escritores hispanos que, como si en este país de llenar la andorga no hubiera sido una de las más permanentes y principales preocupaciones populares, jamás nos han contado que comían, si comían, sus corrientes.

Vale la pena ir a mirar a cuatro libros viajeros de don Camilo, escriba, o a lo menos andados, en tiempos difíciles y equívocos al harango, allá a finales de los cuarenta y principios de los cincuenta, en tierras tan diferentes y de comidas tan diversas como la Alcarria, la cornisa cantábrica, Andalucía y el Pirineo leonés.

En todas ellas —en unas más y mejor, en otras menos y como se pudo— el vagabundo fue sacando sus tripas de apuros sin dejar escapar ninguna oportunidad.

El vagabundo, como tiene ocasión de explicar en "Primer viaje andaluz" entiende que la única causa noble para comer es no tener qué comer, y en "Del Mito al Bidasoa" deja bien sentada su condición de omnívoro, al decir: "a mí, como gastarme, me gusta todo lo que engrasa el hígado o se convierte en calor para el bazo".

En cuanto al factor líquido, Celsa, sin despreciar los aguardientes, cuya jerarquía tiene perfectamente establecida, es partidario del vino, ya que explica en "Viaje al Pirineo de Lérida" que no gusta de ir a comprar su bebida a la drogueria.

Vino, pues, y a poder ser tinto, noble como la sangre de los animales, oloroso y antiguo como una madrosa historia familiar.

Con ocasión de inaugurar, en el salón Pazo de Maritán, un curso de la Universidad Menéndez Pelayo sobre escritores gallegos y gastronomía, don Carrilo enumeró las cinco causas que incitan al trago de vino, a saber: "la



Conita J. Celo, born government

llegada del amigo al que se quiere festejar; la sed del momento que se confía saciar; la sed futura que se pretende evitar; la bondad del vino que se aspira a ensalzar y cualquier otro motivo no previsto entre los anteriores".

El vagabundo, que a veces se llama a sí mismo viajero y, al pasar a Francia, huido de la caridad, tiene arraigadas convicciones sobre estas cosas sólidas y líquidas, amén de una salud de hierro y un estómago ciertamente envidiable, prenda ambas que le deseamos mantenga cuarenta años después de echarse a escribir los caminos.

• Datos sobre su capacidad estomacal tenemos ya en "Viaje a la Alcarria", el primero, más famoso y menos relevante gastronómicamente de los libros que recoge la andadura del vagabundo.

En Tlillo, el viajero se sentó delante de su plato de huevos fritos con chorizo. Ese plato hizo que más tarde le preguntara —sin obtener respuesta— su amigo Martín si cuando come truchas toma siempre cítrico.

No: lo normal, como venimos en sus andanzas piteñicas, es que se desayune con tres huevos fritos, en unos casos con tocino, en otros con patatas o chorizo, pero con acompañamiento tan frío como los huevos.

Otra hazaña interesante, en "Pobla de Segur", es el viaje leridano: el vagabundo, que barrenó que almorraba de gorra, rindió el tenedor cuando iba por la trucha veinticinco, y explica que lo hizo por no almorzar.

En cualquier caso, "Viaje al Pirinco de Lorida" es viaje truchero, salto ma-

chas truchas, preparadas de muy sabias y gratificantes maneras, incluso de las más sencillas, como acontece con dos pescadas: a mano por el vagabundo: así una trucha a fuego lento de hierbas aromáticas y, después de habérsele zampado chapando y róchupando de liberosamente las espaldas, se comió la otra de postre, cruda y como si fuera una manzana. El pescado crudo, si está fresquísimo, es una pura delicia del gusto.

En algo es Celia, o lo era por entonces, intransigente, y es con la forma de cortar y comer el jamón, que le gusta una barbaridad. Para él, debe comerselo cortado como Dios manda: a la andaluza, en gruesos dados y jamás en lonchas, ni aun hechas con cuchillo, que le varan el gusto...

Insiste en que comer el jamón en lonchas muy finas y casi transparentes le parece una herejía. Despotista contra la máquina de cortar jamón, el enemigo mortal del jamón y el más desconsiderado castrador de sus virtudes, y sentencia: "el vagabundo cree que el jamón debe cortarse con cuchillo y comerse en tacos gordos, que quepan en la boca pero que tampoco dejen demasiada boca vacía".

• Firmes convicciones de don Camilo, con las que uno no está de acuerdo para nada, pero que ahí quedan.

El andaluz es, gastronómicamente, el más didáctico de los libros de vagabundos. Incluye una receta muy bien contada, además de muy ortodoxa y de mucho fundamento, de los huevos a la flamenca, y otras de diversos platos andaluces.

Don Camilo —uno tiene para sí que si un señor que es Nobel de Literatura no se merece el tratamiento de don no se lo merece casi nadie, mientras comprueba, un tanto atónito, cómo estos días, en televisión, cualquier pelamangos no para de hablar de Camilo por aquí y Camilo por allá, como si fuera compañero de escuela o hijo de don Camilo— cuidó su paladar y su estómago en sus vagabundeos por la piel de loco.

Hizo bien, y mejor todavía contándolo en sus libros, que la descripción de tan gozosas ocasiones de llenar la andeaga añade otro atractivo a los propios de la espléndida prosa castellana de Cela, un Premio Nobel de Literatura que hubiera podido ser también distinguido, si la Academia sueca entendiera de esto, con el de Gastronomía, entre otros igualmente merecidos que aquí no hacen al caso.

- **Contemporary Method Etc**

Cela, un Nobel con buen apetito [artículo] Caius Apicius.

Libros y documentos

AUTORÍA

Caius Apicius

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cela, un Nobel con buen apetito [artículo] Caius Apicius.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile